

Un viaje discutible y discutido



A CABO de oír al intelectual marxista profesor Lombardo-Radice, catedrático de Matemáticas, dirigente del Partido Comunista Italiano, pensador dialogante con el cristianismo y muy entendido en teología moderna, a pesar de declararse marxista ateo.

Su interés está centrado hoy en la visita que Juan Pablo II está haciendo a Polonia, su país natal. Le ha chocado a este profesor ateo la postura de muchos católicos progresistas españoles respecto al Papa Wojtyła. En Roma —dice Lombardo-Radice— no se le critica tanto al Papa; se reconocen sus defectos, pero se aprecian también sus cualidades, sobre todo la neutralidad que ha fomentado en los conflictos que el clericalismo italiano ha desencadenado ancestralmente en el país del Lacio. Le importa mucho más la libertad que el celibato eclesiástico o el aborto, porque en Polonia así lo ha vivido. Su postura de entrega decidida al catolicismo también es de neutralidad ante los poderes de este mundo en sus decisiones humanas concretas. Esto es discutible, pero también es cierto que —como recordaba el profesor marxista y lo he recordado yo aquí otras veces— su última encíclica contiene, aparte del esquema anticuado de Iglesia que presenta, una crítica de la estructura económico-social de Occidente que es la más dura de las hechas por ningún Papa hasta ahora. Incluso en ella acepta por primera vez un Pontífice el concepto marxista de alienación como punto de partida crítico de la situación humana en el mundo actual.

Insiste el profesor italiano en que la mayor cultura de este Papa respecto a Juan XXIII se nota en la estructura de la parte social de la encíclica "Redentor del hombre". Aunque no por eso debemos caer en la ingenuidad de ponerlo por encima de aquel Papa, ni siquiera del primer Pablo VI, que comprendió mucho mejor que éste el diálogo eclesial abierto a todas las corrientes religiosas cristianas.

Un Papa polaco —lo he dicho varias veces— no es un Papa occidental ni un dirigente de la Iglesia acostumbrado a la ancestral lucha clericalismo-anticlericalismo que hemos conocido en los países latinos, ni tampoco a la que ha sido propia de los países germanos y escandinavos que vivieron la irrupción del protestantismo. Polonia tiene una historia "sui generis", den-

tro de la Iglesia católica: allí el catolicismo ha sido un ingrediente popular, siempre defensor de la masa del pueblo y de los valores genuinos del país, permaneciendo en contacto constante con la base y dando ejemplo de desprendimiento (ahora no ha querido aceptar ninguna ayuda económica de su Gobierno), así como de valentía y de popularismo sin miras interesadas.

La venida del régimen comunista ha reafirmado estos aspectos de la Iglesia polaca, luchando unida en un solo frente social: el de la libertad civil, preferentemente en el plano religioso, que es —para ellos— símbolo y realización de toda libertad humana, en un país donde la Iglesia dio ejemplo de tolerancia en cuestiones religiosas, a pesar de ser católicos el 90 por 100 de los polacos. Allí no han existido guerras religiosas, los judíos y protestantes se han visto bien acogidos, y lo único que ha querido conservar celosamente el pueblo es su independencia respecto a la presión cultural y política prusiana por un lado y —por otro— a la del mundo ruso.

No podemos percatarnos bien de la situación polaca ni comprender la actitud de muchos católicos progresistas de aquel país que no miran beatíficamente a su régimen bajo todos los aspectos.

Hace más de veinte años conocí a un gran patriarca del catolicismo progresivo, Jerzy Turowicz, el redactor jefe del semanario católico *Tygodnik Powszechny*. Tomé contacto con él en un Congreso de Pax Romana. Era la primera vez que un católico polaco podía salir de su nación, tras la revolución social y política de la posguerra. Entonces empecé a comprender lo que hoy se vislumbra más claramente —sobre todo en los medios católicos franceses— acerca de la actitud de estos católicos, que viven en un contexto social y político muy distinto del nuestro y que llevan sobre sus espaldas una historia muy diferente de la que en el mundo latino hemos vivido.

Turowicz acaba de declarar que "es más fácil dialogar con el marxismo en un país donde los comunistas no están en el poder". Y el Papa —que piensa lo mismo que Turowicz— no debe ser catalogado por ello como un retrógrado, sino como un polaco que lleva sobre sus hombros el peso de una historia popular donde Iglesia y pueblo (y no tanto Iglesia y Estado, como entre no-

sotros) han estado muy unidos, y ahora sufren ambos de un Estado ateo que durante años anteriores fue muy beligerante. Ese fue —y todavía en gran parte lo es— motivo de preocupación general no sólo entre ese 90 por 100 de católicos que componen el país, sino también entre los más calificados intelectuales marxistas y ateos, como Kolakowski, Strzelecki o Schaff, quienes, como buenos polacos, no son conformistas ni siquiera con los dirigentes marxistas cuando se alejan de la auténtica idiosincrasia polaca de tolerante inspiración cristiana.

No hay que pensar que el Papa vaya a descender al terreno político concreto y olvide su "neutralismo". Y a Lombardo-Radice le ha impresionado esta actitud tan nueva entre los Papas que hemos padecido generablemente los católicos hasta ahora, sobre todo si eran italianos.

Reconocer esto no puede ser el convertirse en un "hincha" de este Papa. Debemos establecer una lista de sus graves defectos —como he hecho recientemente— y al mismo tiempo debemos hacer gala de rigor de historiadores del momento, para analizar a las personas y a las situaciones, basándonos en las causas sociales reales que explican su conducta, sin proyectar nuestros deseos o nuestras experiencias locales en nuestro análisis.

El mal está en la mitología que hemos puesto los católicos en el Papado desde hace poco más de cien años. Durante siglos, el Papa ha sido poca cosa en comparación con esta reacción inflacionaria actual, pretendiendo, directa o indirectamente, que tenga un poder social casi absoluto. Demasiados creyentes e increyentes están anhelosos de que el Papa sea el personaje que ellos desean: abierto, progresivo y hasta revolucionario, siempre que lo sea a su propio estilo particular de católicos latinos progresistas. Juan Pablo II, ciertamente, no es un revolucionario, pero si llegase a serlo el peligro estaría en la aceptación del despotismo ilustrado que supone todavía el Papado actual, por muy de izquierdas que sea el que lo encarne. ■